



ID A ANUNCIAR A JUAN

lo que estáis viendo y oyendo

SAN MATEO 11, 4

DEL EVANGELIO DE MATEO (11, 2-11):

En aquel tiempo, Juan, que había oído en la cárcel las obras del Mesías, mandó a sus discípulos a preguntarle:

«¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?». Jesús les respondió:

«Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí!».

Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan:

«¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué salisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Mirad, los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis?, ¿a ver a un profeta?

Sí, os digo, y más que profeta. Este es de quien está escrito: "Yo envío mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino ante ti".

En verdad os digo que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él».

COMENTARIO

El Papa Francisco al comienzo de la *Evangelii Gaudium*, su exhortación apostólica programática, nos recuerda:

El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de los placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. [nº 2]. Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque «nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor» [nº 3]

Nos encontramos ya en el tercer domingo de adviento, Domingo de Gaudete, que con el color rosa, nos recuerda la Alegría del Evangelio. La Palabra de Dios nos habla de una alegría que no es superficial, sino profunda y nacida de la presencia salvadora del Señor en medio de su pueblo. Una alegría que brota en el desierto, en la espera y en la duda. Os invito a detenernos en estas tres sencillas ideas:

- **La alegría que nace cuando Dios viene a salvar.**

Isaías nos recuerda que ante la llegada del Señor, hasta el desierto y la estepa, lugares en los que hay miedo y sequedad, se regocijarán, y la estepa se alegrará. El adviento, nos recuerda que Dios viene a salvarnos, viene a encontrarse con nosotros. Por eso, tenemos que alegrarnos.

La verdadera alegría no depende de las circunstancias, sino de la certeza de que Dios no nos abandona. Cuando Dios entra en la historia, lo que parecía muerto comienza a florecer. Por eso el salmo canta un Dios que libera, que hace justicia, que abre los ojos y sostiene a los más frágiles. La alegría cristiana nace de sabernos mirados y acompañados por el Señor.

De ahí que tengamos que preguntarnos cada día. ¿Cómo vivo mi fe? ¿Desde la alegría del encuentro con Cristo el Señor que me ama incondicionalmente o perdido en cosas que no llenan mi corazón?

- **La alegría de esperar con paciencia.**

El adviento es un tiempo de espera. Nos lo recuerda el apóstol Santiago: esperad con paciencia hasta la venida del Señor. La alegría cristiana no siempre es inmediata, sino que debe madurar con paciencia. Debemos cuidarla cada día. ¿Sabéis cómo? Mirando al futuro con esperanza. Muchas veces en nuestro día a día nos pesan muchas cosas, nos quejamos, nos entristecemos por tantas cosas. Hoy Jesús nos invita a reconocer su cercanía en nuestras vidas, a cambiar nuestra mirada y percibir su paso por nuestra vida en las pequeñas cosas de la cotidianidad.

- **La alegría de reconocer a Jesús actuando en lo pequeño.**

En el Evangelio, Juan el Bautista, desde la cárcel, pregunta: ¿Eres tú el que ha de venir? Incluso el gran profeta tiene dudas. Aquel que lo había señalado como cordero de Dios, empieza a preguntarse sobre la identidad de Jesús. Pero Jesús no responde con teorías, sino con hechos: Los ciegos ven, los cojos andan, los pobres son evangelizados. Citando al profeta Isaías nos muestra que con él ya ha llegado el tiempo prometido de la salvación. Lo que en Isaías era un augurio de futuro, se convierte ahora en realidad en la persona de Jesús.

Cuando somos capaces de reconocer a Jesús en nuestra vida, cuando reconocemos la acción de Dios en lo sencillo, el corazón se llena de alegría. Muchas veces esperamos que nuestro encuentro con Cristo sea un espectáculo, una gran emoción, y sin embargo, él viene para transformar nuestra vida cotidiana y sanar nuestras heridas profundas. Acaba Jesús con una frase que nos interpela: ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí! Muchas veces queremos manipular a Jesús, queremos que actúe según nosotros deseamos. Sin embargo, él actúa de un modo distinto al que esperamos. Concluyo, con un texto de la Evangelii Gaudium (nº 265): Toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida. Cada vez que uno vuelve a descubrirlo, se convence de que eso mismo es lo que los demás necesitan.

Ojalá descubramos a Cristo que quiere encontrarse de nuevo con cada uno de nosotros, pero sobre todo, ojalá seamos capaces de llevarlo con alegría a aquellos que más lo necesitan: los pobres que viven sin alegría, los tristes que viven sin fe.

“LA ALEGRÍA CRISTIANA NACE DE SABERNOS MIRADOS Y ACOMPAÑADOS POR EL SEÑOR.”